

## **Dr. Robert Vannoy , Samuels, Conferencia 1**

© 2011, Dr. Robert Vannoy y Ted Hildebrandt

Lo que quiero hacer en esta serie de cuatro conferencias es hablar sobre los libros de Primero y Segundo de Samuel y ver cómo el contenido de estos dos importantes libros del Antiguo Testamento encaja en la trama de toda la Biblia. Esta es la primera de cuatro conferencias sobre Primero y Segundo de Samuel.

Al leer el Antiguo Testamento, creo que uno de los primeros aspectos a considerar es el carácter literario o el género del material leído. Los libros de Primero y Segundo de Samuel, a los que nos centraremos en estas conferencias, se encuentran entre los libros históricos del Antiguo Testamento. Dado que los libros históricos tienen un carácter literario diferente al de, por ejemplo, los libros de leyes, los libros poéticos o la literatura sapiencial, requieren una estrategia de lectura adecuada a su carácter literario. Por lo tanto, en estas cuatro conferencias sobre Primero y Segundo de Samuel, quiero comenzar comentando la naturaleza de la escritura histórica del Antiguo Testamento. Lo hago porque la forma en que entendemos la naturaleza de la historiografía del Antiguo Testamento influye de forma muy importante en la forma en que leemos y entendemos las narrativas de Primero y Segundo de Samuel.

Permítanme comenzar planteando una pregunta general: ¿Qué tipo de escritura histórica encontramos en el Antiguo Testamento? ¿Y cómo nos ayuda una evaluación adecuada de la naturaleza de la historiografía del Antiguo Testamento a leer y comprender adecuadamente las narrativas del Antiguo Testamento? A continuación, quisiera comentar algo más específico sobre cómo una comprensión adecuada de la naturaleza de la historiografía del Antiguo Testamento nos ayuda a leer y comprender adecuadamente los libros de Primero y Segundo de Samuel. Primero, permítanme hacer algunos comentarios generales sobre la naturaleza de la historiografía del Antiguo Testamento. Cuando hablamos de los libros históricos del Antiguo Testamento, nos referimos a los siguientes libros: Josué, Jueces, Rut, Primero y Segundo de Samuel, y Primero y Segundo de Reyes, todos ambientados en el período preexílico. Además, tenemos Primero y Segundo de Crónicas, que curiosamente comienzan con una

genealogía que se remonta a Adán y terminan con un decreto de Ciro, el gobernante persa, en el año 538 a . C. Liberó a los judíos del cautiverio babilónico, aunque el enfoque principal de Primera y Segunda Crónicas es el período de la monarquía en Israel. Además, están los libros de Esdras y Nehemías, que describen algunas de las experiencias de los judíos que regresaron a su patria tras el exilio. Y finalmente, tenemos la historia de Ester, ambientada en Persia, entre los judíos que no regresaron a su patria.

Así pues, existe una enorme cantidad de narrativa histórica en el Antiguo Testamento. De hecho, si contamos las páginas de la Biblia hebrea, como hice al preparar esta conferencia, los libros que acabo de mencionar constituyen aproximadamente el cuarenta por ciento del Antiguo Testamento. Si a esto le sumamos las narrativas históricas del Pentateuco, y hay muchas en él, así como los capítulos 36 al 39 del libro de Isaías, que también es narrativa histórica, y los libros de Jonás y Job, si los clasificamos como narrativa histórica, entonces más del cincuenta por ciento del contenido del Antiguo Testamento es narrativa histórica.

La presencia de tanto material histórico en el Antiguo Testamento plantea una pregunta importante: ¿Por qué Israel tenía un interés tan grande en la historia? ¿Por qué, de entre todas las naciones del mundo antiguo, Israel tenía un deseo mucho mayor de registrar y conservar la memoria de sus experiencias históricas que otros pueblos de la antigüedad? Y, además, ¿por qué Israel no solo tenía un mayor interés en la historia y las tradiciones históricas que otros pueblos antiguos, sino que también desarrolló un concepto único de la historia y la escritura histórica?

Hendrikus Berkhoff , en su volumen *Cristo, el sentido de la historia* , ha dicho que debemos agradecer no a Grecia ni a Persia, sino a Israel, por nuestra sensación de que la historia tiene un fin y, como tal, tiene sentido. Geerhardus Vos , en su volumen *Teología Bíblica* , afirmó que “el verdadero principio de la escritura histórica, aquello que hace que la historia sea más que la crónica de eventos porque descubre un plan y postula una meta, fue así comprendido no primero por los historiadores griegos, sino por los profetas de Israel. De ahí que encontremos también que la actividad entre estos círculos incluye la historiografía sagrada, la producción de libros como Samuel y Reyes, en los que el curso

de los eventos se coloca a la luz de un plan divino en desarrollo. Así, se puede encontrar un buen significado en la antigua costumbre canónica de llamar a estos escritos históricos los profetas anteriores”. G. Ernest Wright, en este volumen *Dios que actúa*, también llamó la atención sobre lo que describió como “la atención peculiar de Israel a las tradiciones históricas” y señaló que el enfoque del Antiguo Testamento no estaba meramente en las hazañas individuales de héroes y reyes, no meramente en paneles de la corte como la Crónica babilónica, sino más bien en la unidad y el significado de la historia universal desde el principio de los tiempos hasta el fin de los tiempos. Es en el marco de esta historia universal donde se desarrollan las crónicas de los acontecimientos individuales y, en última instancia, adquieren su significado. Podríamos decir entonces que Israel tenía lo que podría llamarse un concepto lineal de la historia. La idea de que los acontecimientos históricos tenían significado porque formaban parte de un proceso histórico con un propósito y que avanzaba hacia una meta. Esta idea de que la historia es progresiva y está orientada a un objetivo probablemente la damos por sentada la mayoría de nosotros hoy en día, ya que en la cultura occidental nuestra forma de pensar sobre la historia se ha forjado, en gran medida, en una idea judeocristiana del proceso histórico. Pero esto no era así en el mundo antiguo.

En el mundo antiguo, en general, la historia se concebía como cíclica, basada en la naturaleza cíclica de los procesos naturales, como las estaciones del año y la salida y puesta regulares del sol, o como oscilante, como el movimiento de un péndulo, que oscila perpetuamente sin un patrón definido. Así pues, la pregunta es: ¿Cómo y por qué llegó Israel a comprender la historia universal como un proceso con propósito y significado, a diferencia de otros pueblos antiguos?

G. Ernest Wright planteó esa pregunta hace muchos años y concluyó: «Nunca podremos estar seguros de la verdadera razón de esta particular visión israelita de la naturaleza y la historia». A continuación, especuló que la visión de la historia de Israel surgió porque la reflexión sobre sus propias experiencias históricas llevó a Israel a inferir que Dios los había elegido como su pueblo especial y, debido a esta inferencia inicial y fundamental, Israel llegó a «tomar en serio los acontecimientos humanos porque en ellos

se podía aprender con mayor claridad que en ningún otro lugar la voluntad de Dios y su propósito». Sin embargo, creo que debemos decir que la respuesta de Wright a esta pregunta es deficiente. Su respuesta no explica adecuadamente por qué otros pueblos antiguos no hicieron inferencias similares a partir de sus propias experiencias históricas únicas y, posteriormente, desarrollaron un concepto significativo de la historia.

Desde una perspectiva bíblica, creo que debemos decir que Israel desarrolló su sentido histórico distintivo porque en lugar de descubrir a Dios en la naturaleza, como lo hicieron muchos a su alrededor (un Dios Sol, un Dios de la Tormenta, un Dios de la Fertilidad, etc.), Israel llegó a conocer a Dios en eventos históricos, sí, pero en eventos históricos tal como fueron anunciados de antemano y posteriormente interpretados para ella por los profetas.

El error de Wright en su análisis de esta cuestión consistió en negar la existencia e importancia de lo que podríamos llamar "revelación verbal". La Palabra divina, pronunciada por los profetas del Antiguo Testamento, no recibe la atención suficiente en su análisis. Limitó la revelación divina a la revelación en y a través de la experiencia de los acontecimientos históricos. Sin embargo, en el Antiguo Testamento, encontramos que Dios se dio a conocer a su pueblo tanto hablando como actuando, es decir, mediante la palabra y el acontecimiento. La revelación en el Antiguo Testamento no se encuentra en una palabra que surge por interpretación ciega de un acontecimiento, es decir, por inferencia, como diría Wright a partir de la experiencia histórica. Más bien, la revelación en el Antiguo Testamento consiste en una palabra que posteriormente es confirmada por un acontecimiento. Las palabras y los actos de Dios se complementan de tal manera que Dios se compromete verbalmente a hacer algo y luego confirma esa palabra como una palabra confiable al hacer precisamente lo que dijo que haría.

Hay innumerables ejemplos de esto en el Antiguo Testamento. Como dice Geerhardus Vos, en un ensayo titulado "La idea de la teología bíblica", lo expresó muy bien: "Sin las acciones de Dios, las palabras serían vacías". Es decir, si Dios no hiciera lo que dijo que haría, sus palabras no tendrían ningún valor. "Sin las acciones de Dios, sus palabras serían vacías, pero sin sus palabras, sus acciones serían ciegas". Es decir, sin la

revelación de la palabra, el significado de la historia siempre sería un misterio. Solo hay que mirar a nuestro alrededor e intentar interpretar la historia nosotros mismos hoy mediante la observación del proceso histórico. Cada uno que lo hace llega a una conclusión diferente. Sin sus palabras, las acciones serían ciegas.

A veces, atribuir valor histórico a las narraciones del Antiguo Testamento ha sido cuestionado debido a su perspectiva demasiado religiosa o teológica, así como porque a veces las relaciones causales no están claramente delineadas. El carácter religioso o teológico de las narraciones históricas del Antiguo Testamento es bastante evidente para cualquiera que lea el Antiguo Testamento. Pero, ¿a qué me refiero con la falta de atención a las relaciones causales en las narraciones históricas del Antiguo Testamento? Permítanme darles un par de ejemplos. En Jueces 6:1, leen: "Otra vez los israelitas hicieron lo malo ante los ojos del Señor y durante siete años los entregó en manos de los madianitas ". Hay una declaración muy similar en Jueces 13:1: "Los israelitas hicieron lo malo ante los ojos del Señor, por lo que el Señor los entregó en manos de los filisteos durante cuarenta años".

Al leer esto, podría preguntarse: "¿Dónde están los detalles que explican cómo Israel fue entregado a los filisteos durante cuarenta años? ¿Cuáles fueron las fuerzas económicas? ¿Las fuerzas sociales? ¿Los factores militares que permitieron que esto sucediera?". Hoy en día, muchos dirían que la frecuente ausencia de información que explique las relaciones causales, como las descritas en Jueces 6:1 y 13:1, impide que las narraciones del Antiguo Testamento se consideren escritos históricos legítimos. Al evaluar estas cuestiones, creo que es importante recordar que el enfoque central del Antiguo Testamento reside en algo muy diferente al de cualquier otro escrito histórico. La preocupación central de la narrativa bíblica es describir lo que Dios ha hecho en la historia para revelarse y redimir a su pueblo. La historia del Antiguo Testamento, entonces, es lo que podría describirse apropiadamente, en mi opinión, como una historia de redención. Los incidentes registrados en la narrativa del Antiguo Testamento son significativos por su relación con la obra continua de revelación y redención de Dios. Lo importante en relación con la obra reveladora y redentora de Dios encuentra su lugar en

la narrativa bíblica. Lo que no es importante en conexión con las obras de revelación de la redención de Dios se pasa por alto o se menciona sólo en unas pocas palabras a modo de transición a asuntos de mayor importancia en la historia redentora.

A veces se ha argumentado que esta característica de la narrativa histórica del Antiguo Testamento le imprime algún tipo de sesgo religioso o teológico que luego socava su valor como escritura verdaderamente histórica porque no califica como “historiografía objetiva”.

Ciertamente, no se puede negar que la escritura histórica de la Biblia tiene un carácter religioso o teológico distintivo. Obviamente lo tiene. No fue el propósito de los escritores proporcionar algún tipo de descripción imparcial o neutral de los eventos que describieron. De hecho, cabe cuestionar si es posible una "historiografía objetiva", en el sentido de algún tipo de informe objetivo completamente neutral de los sucesos. En definitiva, creo que debemos afirmar que toda escritura histórica es interpretativa. Así pues, podríamos decir que hay historiografía fiable y no fiable, pero toda escritura histórica requiere que los eventos se consideren desde una perspectiva determinada que regirá la elección del material y la evaluación de su importancia o significado. En ese sentido, ninguna escritura histórica es estrictamente objetiva, y la escritura histórica no puede ser de otra manera. Pero eso no hace que toda escritura histórica sea poco fiable o poco fiable.

Con respecto a las narraciones del Antiguo Testamento, sí; se caracterizan por una orientación religiosa o teológica que determina la selección y evaluación de lo que se narra. Y sí, en muchos casos las relaciones causales no se explican completamente. Pero estas características de la narrativa bíblica no les restan legitimidad como fuentes de información histórica. La cuestión es que las narraciones bíblicas describen acontecimientos que han sucedido, y estos eventos encuentran su significado en conexión con la gran obra redentora de Dios. Así que, como ya he indicado, podríamos decir que la historia del Antiguo Testamento se describe mejor como una historia de redención. En mi opinión, la importancia de este concepto para comprender los escritos históricos de la Biblia es innegable, y la razón es la siguiente: el mensaje de la Biblia está

inseparablemente unido a la historia que describe. La historia que describe es la historia de la obra redentora de Dios. Si los acontecimientos de esa historia no sucedieron, nuestra fe se convierte en un salto irracional y es vana. Es vacía y un autoengaño. Nuestra fe se basa en las palabras y acciones de Dios en la historia humana. Pablo lo expresó de forma concisa y contundente cuando dijo: «Si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana». Por esta razón, podemos estar agradecidos de que Dios no solo haya actuado en la historia humana para proveer nuestra redención, sino que también haya hablado y nos haya dado un testimonio fidedigno de su obra y plan redentores. Como dijo Pedro: «Ante todo, tengan presente que ninguna profecía de la Escritura surgió de la interpretación personal del profeta. Porque la profecía nunca fue traída por voluntad humana, sino que los profetas [aunque humanos] hablaron de parte de Dios siendo inspirados por el Espíritu Santo» (2 Pedro 1:21).

Ahora bien, con esto como antecedente, al analizar la naturaleza de la escritura histórica del Antiguo Testamento, quiero pasar a la lectura de Primero y Segundo Samuel desde una perspectiva histórica redentora. Me parece que la naturaleza de la historiografía del Antiguo Testamento, al ser historia redentora, nos obliga a situar las narrativas históricas bíblicas en ese flujo del movimiento histórico redentor.

Analicemos Primero y Segundo Samuel. Me gustaría comenzar con algunos comentarios introductorios sobre los libros en sí, y lo primero que veremos al respecto son algunos comentarios sobre el nombre de los libros. El nombre "Samuel" proviene de la persona que se destacó en la primera parte de este extenso libro. Diría que Primero y Segundo Samuel contiene 55 capítulos: 31 capítulos en 1 Samuel y 24 capítulos en 2 Samuel. Por lo tanto, es un libro extenso.

Samuel fue el instrumento de Dios para ungir a Saúl y a David como los dos primeros reyes de Israel. El establecimiento de la realeza en Israel por el profeta Samuel y la descripción de los reinados de los dos primeros reyes de Israel, Saúl y David, es de lo que tratan Primero y Segundo de Samuel. Aunque está claro que Samuel no fue el autor del libro porque su muerte está registrada en 1 Samuel 25:1, es probable que el autor, quienquiera que fuera, usara material escrito por Samuel, así como por otros profetas de

la época, sobre eventos que habían presenciado o con los que estaban familiarizados. Digo esto porque 1 Crónicas 29:29 y 30 dice: "En cuanto a los eventos del reinado de David, desde el principio hasta el fin, están escritos en los registros de Samuel el vidente". Ahora bien, eso no se refiere a Primero y Segundo de Samuel, pero debe haber material escrito de la mano de Samuel. Los registros del profeta Natán y los registros de Gad el vidente, Natán y Gad también jugaron un papel en la vida de David, junto con los detalles de su reinado y poder y las circunstancias que lo rodeaban a él, a Israel y a los reinos de todas las demás tierras.

El Primer y Segundo Libro de Samuel fueron originalmente un solo libro o rollo. La división en dos partes fue realizada, hasta donde sabemos, por los traductores de la Septuaginta, una traducción griega del hebreo del Antiguo Testamento. Al dividirlo en dos libros, la muerte de Saúl en 1 Samuel 31 parecía el lugar apropiado para establecer una división y concluir el libro de 1 Samuel, de forma similar a como se describen las muertes de Moisés y Josué en los últimos capítulos de Deuteronomio y el libro de Josué. El nombre o título de los libros ha variado con el tiempo. Al ser designados como Primer y Segundo Libro de los Reinos en la Septuaginta, y dado que lo que conocemos como Primer y Segundo Libro de Samuel se llamaba Primer y Segundo Reino, esto significa que lo que conocemos como Primer y Segundo Libro de Reyes se llamaba Tercer y Cuarto Reino. Posteriormente, se produjo una ligera modificación en la traducción de la Vulgata, donde el título era para Primer y Segundo Libro de Samuel, Primero y Segundo Libro de Reyes, y lo que conocemos como Primer y Segundo Libro de Reyes se convirtió en Tercer y Cuarto Libro de Reyes. Digo esto porque quizás algún día vayan a una biblioteca y vean un comentario sobre Tercero y Cuarto Reyes y se pregunten: "¿Dónde está eso? No tengo ese libro en mi Biblia". Proviene de la antigua tradición de los títulos de la Vulgata Latina. La designación del libro con el título Samuel proviene de la tradición judía. Así que estos comentarios son, en general, sobre los libros en sí.

Permítanme ahora hacer un breve resumen del contenido de Primero y Segundo de Samuel, y sugerir cuál, en mi opinión, es el tema principal del libro. Primero y Segundo de Samuel se sitúan entre Jueces y Reyes. Claro que, al final de Jueces, se encuentra el

libro de Rut, ambientado en la época de Jueces, pero Samuel se sitúa entre el libro de Jueces y Primero y Segundo de Reyes, y aborda el período histórico que comienza con el final del período de Jueces y termina poco antes de la muerte de David. La muerte de David se describe, de hecho, en los primeros capítulos de Primero de Reyes. Abarca un período de 130 años, aproximadamente entre 1100 y 970 a. C.

El libro no nos ofrece una historia política detallada de este período, pero se compone, en su mayor parte, de una colección de relatos biográficos centrados en los tres líderes prominentes de Israel durante ese período: Samuel, Saúl y David. En mi opinión, lo que une estas narraciones y da unidad al libro es el tema de la realeza y el pacto. Al leer Primero y Segundo Samuel, creo que encontrará que, en primer lugar, el parentesco solicitado por el pueblo en 1 Samuel 8 fue una negación del pacto. En segundo lugar, la realeza instituida por Samuel, como se encuentra en 1 Samuel 10:17-27 y 11; 14:12-25, era coherente con el pacto. En tercer lugar, la realeza tal como la practicaba Saúl no correspondía al ideal del pacto, y los capítulos claves allí son 1 Samuel 13 y 1 Samuel 15. En cuarto lugar, la realeza tal como la practicaba David era una representación imperfecta pero verdadera del ideal del rey del pacto, y eso lo encontramos en el libro de 2 Samuel.

Quiero retomar el desarrollo cuádruple del tema de la realeza y el pacto en 1 y 2 Samuel después de completar estos comentarios introductorios. Volvamos entonces a una breve introducción a los dos libros. Los dos libros en su conjunto se pueden dividir en tres secciones relacionadas con las vidas de las tres figuras principales: Samuel, Saúl y David. Samuel es la figura más prominente en 1 Samuel, capítulos 1-12. Se lee sobre su nacimiento, su conversión en profeta y, finalmente, su unción de Saúl como rey. En los capítulos 13-31 de 1 Samuel, Saúl es la figura prominente. Se convierte en rey en los capítulos 8-12. Comienza su reinado en el capítulo 13. Desde el 13 hasta el final del libro, el enfoque principal está en Saúl, aunque en este punto David entra en escena y se ve la tendencia descendente de Saúl y el ascenso de David al trono. Y luego, en 2 Samuel 1-24, David es la figura más prominente. Así que, si observan esas tres secciones (1-12 de 1 Samuel, Samuel); 13-31 de 1 Samuel, Saúl; y la totalidad de 2 Samuel, David), encontrarán que ocupan respectivamente 17, 34 y 45 páginas en la Biblia hebrea.

Observen que la sección de David es, por mucho, la más extensa, y creo que esto en sí mismo indica que el autor desea destacar el reinado de David.

Ahora, para algunas observaciones finales en esta sección introductoria, quiero llamar su atención sobre tres avances significativos en la historia de la redención que se encuentran en Primero y Segundo Samuel. Si el material histórico del Antiguo Testamento se entiende correctamente como una historia de redención, ¿cuáles son los eventos más importantes en Primero y Segundo Samuel que impulsan esta historia de redención? Quiero llamar su atención sobre tres aspectos. Primero, Samuel registra el cumplimiento de la promesa de Dios a Abraham sobre la extensión de la Tierra Prometida. Mencionaré los tres y luego analizaré cada uno con más detalle, pero primero, encontrarán el cumplimiento de la promesa de Dios a Abraham sobre la extensión de la Tierra Prometida. Segundo, Samuel registra cómo Jerusalén se convirtió en el centro político y religioso de Israel. Tercero, y más importante, y aquí es donde dedicaremos la mayor parte de nuestro tiempo, 1 Samuel describe el establecimiento de la realeza en Israel y asocia la unción con la realeza. Quizás se pregunten por qué es importante. Lo veremos más adelante. Pero me parece que estos tres eventos en el avance de la historia redentora, presentes en Primero y Segundo Samuel, son de enorme importancia. Analicemos cada uno brevemente.

Primero, 2 Samuel registra el cumplimiento de la promesa de Dios a Abraham sobre la extensión de la Tierra Prometida. La promesa de Dios a Abraham de que sus descendientes poseerían la tierra de Canaán fue uno de los elementos centrales del pacto de Dios con Abraham. Se encuentra referencia a la tierra prometida en Génesis 12 cuando el pacto fue presentado originalmente a Abraham, Génesis 12:7. Se desarrolla en Génesis 15:18-21 donde se describen los límites de esta tierra. Se confirmó aún más en Génesis 17:8 y se repitió en muchos otros lugares, incluyendo Números 34:1-12, Deuteronomio 1:7, Deuteronomio 11:24, Josué 1:4, Salmo 105:8-11, y hay otros lugares también. Esa promesa a Abraham se cumplió inicialmente cuando Israel tomó la tierra de Canaán en el momento de la conquista bajo el liderazgo de Josué. En Josué 11:23 leemos: «Josué tomó toda la tierra, tal como el Señor le había ordenado a Moisés, y la dio como herencia a

Israel, según sus divisiones tribales». Y podrías pensar: «Ahí está el cumplimiento». Sin embargo, si pasas a Josué 13, lees que esa conquista inicial aún dejaba grandes extensiones de tierra por conquistar, y las diversas tribus no completaron la tarea en sus propios territorios. Lees más detalles al respecto en Jueces, capítulo 1. Además, la promesa a Abraham describe fronteras que se extendían hasta Egipto, hasta el río Éufrates. El cumplimiento de esta promesa no llegó hasta el reinado de David. Lees sobre esto en 2 Samuel 8, donde hay una lista de las conquistas de David. David no solo derrotó a los filisteos, que eran la amenaza inmediata, tras la muerte de Saúl, sino que extendió la soberanía de Israel hasta el río Éufrates. No me detendré en leer eso en 2 Samuel 8, pero el relato está ahí. Al leer 1 Reyes 4, David entrega su reino a su hijo Salomón, se lee que las fronteras se extendían hasta el Éufrates. Así, en 1 Reyes 4:21 y 24, se encuentra que la promesa dada a Abraham se ha cumplido.

Así que creo que se puede decir que en esas declaraciones bastante mundanas de 2 Samuel 8, donde se encuentra la lista de las conquistas de David, hay también otra verdad profunda: Dios es fiel a sus promesas. Lo que dice se cumplirá. Él cumplirá lo que dice.

En la época de Samuel y Saúl, la posesión de los territorios prometidos a Abraham parecía imposible, probablemente incluso impensable. Pero en la providencia de Dios, las grandes naciones del Creciente Fértil —Egipto, Babilonia, Siria y los hititas— se habían visto debilitadas durante los reinados de David y Salomón, de modo que sus reinos pudieron crecer hasta el alcance que el Señor le había prometido a Abraham. Así que hay un paso en el movimiento hacia adelante de la historia redentora.

Un segundo ejemplo: Samuel relata cómo Jerusalén se convirtió en el centro político y religioso de Israel. Tras la ascensión al trono de David, tomó Sión, la ciudad jebusea, y la convirtió en su capital. Leemos sobre ello en 2 Samuel 5. Jerusalén se convirtió en el centro político de Israel. En 2 Samuel 6, leemos otro acontecimiento significativo. En 2 Samuel 6, David trajo el Arca de la Alianza a Jerusalén, convirtiéndola no solo en el centro político, sino también en el centro religioso de la nación.

Ese acto tuvo un significado simbólico muy importante; hablaremos más sobre esto más adelante. Pero ese significado radica en que David aún reconocía a Yahvé como el gobernante supremo de la tierra. Recordemos que el Arca de la Alianza, que contenía las tablas de la ley entregadas a Moisés en el monte Sinaí, era considerada el trono de Yahvé. Aunque David era el gobernante y el rey humano, el hecho de que trajera el Arca de la Alianza a Jerusalén demostró que consideraba a Yahvé como el rey divino y el soberano supremo de Israel.

Desde la época de David en adelante, durante el resto del Antiguo Testamento y hasta el Nuevo Testamento, Jerusalén permaneció en el centro de la relación de Dios con su pueblo elegido, Israel. Sigue siendo así hasta hoy. Hablaré más sobre esto más adelante, cuando analicemos el reinado de David.

Pero luego, en tercer lugar, en cuanto a los avances en la historia redentora, 1 Samuel describe el establecimiento de la realeza en Israel y la asociación de la unción con la realeza. Es en el libro de Samuel que la frase "el ungido del Señor" llega a ser utilizada como sinónimo de rey. La importancia de esto se ve cuando se da cuenta de que las palabras en español "ungido" y "mesías" son la traducción y transliteración de la misma palabra hebrea *meshia h*, un sustantivo que significa ungido y que proviene de la raíz hebrea *mashah* que significa "ungir". Por lo tanto, las palabras en español para "ungido" y "mesías" son la misma palabra en hebreo.

En griego, *christos* es la palabra que se usa para traducir "*mesía h*" tanto en la Septuaginta como en el Nuevo Testamento. Esta palabra griega, *christos*, proviene de una raíz que significa "ungir" y, por supuesto, la conocemos por la transliteración "Cristo" en nuestra versión de la Biblia en español. Así pues, las palabras "Cristo" y "Mesías", tan familiares hoy en día, tienen su contexto bíblico inicial en Primero y Segundo de Samuel. Esto significa que las raíces de la idea mesiánica, un concepto bíblico sin duda muy importante, tienen conexiones significativas con las narraciones de Primero y Segundo de Samuel.

Las historias de cómo Saúl y David fueron ungidos se encuentran en 1 Samuel 9:1-10,16 para Saúl y en 1 Samuel 16 para David. La designación de "el ungido del Señor"

para los reyes de Israel se encuentra numerosas veces en 1 y 2 Samuel. En 1 Samuel 2:10, 24:10, 26:9, 2 Samuel 1:14, 1:16, 19:21, 22:51, 23:1, puede haber otras.

Es importante entender que el establecimiento de la realeza en Israel no surge sin una expectativa previa. Es decir, no surge de la nada. Se alude inicialmente en la promesa de Dios a Abraham y Sara de que reyes vendrían de ellos y estarían entre sus descendientes (Génesis 17:6 y 16). Se menciona más explícitamente en la profecía de Jacob sobre la tribu de Judá cuando dijo: «El cetro no se apartará de Judá, ni la vara de gobernante de entre sus pies, hasta que venga aquel a quien pertenece» (Génesis 49:10). Balaam profetizó que habría un rey en Israel en Números 24:7: «Su rey será más grande que Agag , y su reino será exaltado». Y en Deuteronomio 24:7-19 dijo: “Saldrá una estrella de Jacob, se levantará un cetro de Israel, aplastará las frentes de Moab, Edén será conquistado, saldrá un gobernante de Jacob”. Moisés en Deuteronomio capítulo 17 incluyó la “Ley del Rey”, así llamada, en su renovación del Pacto del Sinaí en las llanuras de Moab anticipando el tiempo de la realeza que llegaría en Israel.

Al comienzo de 1 Samuel, Ana anticipó el día en que Dios daría poder a su rey y fortalecería a su ungido. 1 Samuel 2:10, donde habla del "ungido y del rey", incluso antes de que los reyes fueran ungidos. Así que, cuando finalmente llegó la realeza, quedó claro que Dios quería que Israel tuviera una línea de reyes que anticiparan y señalaran al gran rey mesiánico del futuro. Sin embargo, no fue hasta 1 Samuel 8-12 que la realeza se estableció en Israel.

1 Samuel 8-12 describe el establecimiento de la realeza en Israel en 5 unidades literarias. Las divisiones de los capítulos 8-12 no están en los mejores lugares, así que permítanme mostrarles rápidamente cómo se dividen esas unidades narrativas. 1 Samuel 8 es la petición de Israel de un rey; 1 Samuel 9:1 a 10:16, Samuel unge a Saúl en privado para ser rey; y tienen la unidad narrativa. En 10:17-27, Samuel convoca una asamblea de Mizpa donde Saúl es seleccionado públicamente para ser rey. En el capítulo 11, versículos 1-13, la elección de Saúl para ser rey se confirma con una victoria sobre los amonitas. Y luego, en 11:14 a 12:25, se inaugura el reinado de Saúl. Se inaugura en una ceremonia de renovación del pacto convocada por Samuel para celebrarse en Gilgal .

Al leer estas narraciones, creo que descubrimos que, si bien la realeza estaba dentro del propósito de Dios para su pueblo, no se originó de la forma que podríamos haber esperado. En 1 Samuel 8, encontramos que los ancianos de Israel se acercaron a Samuel y le pidieron que les diera un rey como las naciones de alrededor. Esto se encuentra en 1 Samuel 8:5 y 1 Samuel 8:19 y 20. Pero los eventos del capítulo ocurren mucho después de la descripción de la milagrosa liberación de Israel de los filisteos, como se describe en el capítulo 7. En el capítulo 7, Samuel es reconocido por primera vez como juez en relación con esa victoria sobre los filisteos. Pero en el capítulo 8, ya es anciano. Leemos que en el versículo 1 del capítulo 8, y debido a su avanzada edad, Samuel había designado a sus hijos Joel y Abías para que lo ayudaran a tomar decisiones legales. Pero a diferencia de su padre, pervirtieron la justicia por lucro. Leemos eso en 1 Samuel 8:2 y 3. Esto dio a los líderes nacionales de Israel la oportunidad de pedirle a Samuel que diera al pueblo "un rey que nos juzgara como todas las demás naciones tienen". Versículo 5: parece probable que la corrupción de los hijos de Samuel fuera una excusa conveniente para justificar su deseo de un rey. Esos líderes realmente deseaban algo mucho más trascendental que simplemente ser discípulos de los hijos de Samuel. Querían crear un nuevo orden social reestructurando la teocracia de una manera que permitiera un rey humano. El papel que describieron para el rey revela que su motivación más profunda surgió de una falta de confianza en Jehová mucho más que de una preocupación por la corrupción de los hijos de Samuel.

La petición perturbó a Samuel, como leemos en el versículo 6. No solo porque la tomó como algo personal, como una insinuación de que ya no era lo suficientemente competente para proporcionar liderazgo humano a la nación, sino también porque sugería que una teocracia directa, es decir, una en la que solo Jehová gobernaba a la nación como rey divino de Israel, ya no era suficiente para Israel. La petición implicaba que Israel era inferior a los países vecinos, simplemente porque no tenía un rey humano que saliera al frente y los dirigiera en la batalla; como leemos en el versículo 20. Querían un rey que saliera al frente de ellos y los dirigiera en la batalla, especialmente ante las amenazas filisteas y amonitas.

En esencia, esta actitud era un rechazo al reinado de Jehová, como se declara explícitamente en el versículo 7 y se reitera en 10:19, 12:12, 12:17 y 12:19. Se convierte en un tema recurrente en 1 Samuel 8-12. Su solicitud de un rey era un rechazo al Señor, quien era su rey. Y, por lo tanto, era una negación del pacto. Era un rechazo de lo que distinguía a Israel de las demás naciones. Fue una negación de la confesión del Salmo 44:2 al 8, donde se lee: «Tú, Jehová, expulsaste a las naciones paganas con tu poder y diste toda la tierra a nuestros antepasados. Aplastaste a sus enemigos y liberaste a nuestros antepasados. No conquistaron la tierra con sus espadas. No fue su propio brazo fuerte lo que les dio la victoria; fue tu diestra, tu brazo fuerte y la luz cegadora de tu rostro lo que los ayudó. Porque los amaste. Tú eres mi rey y mi Dios. Tú ordenas victorias para Israel; solo con tu poder podemos hacer retroceder a nuestros enemigos, solo en tu nombre podemos pisotear a nuestros adversarios. No confío en mi arco, no cuento con mi espada para salvarme. Tú eres quien nos da la victoria sobre nuestros enemigos; avergüenzas a los que nos odian. Oh Dios, te damos gloria todo el día y constantemente alabamos tu nombre». Esa debería haber sido la confesión de Israel, pero estos ancianos acuden a Samuel y quieren un rey como las naciones de alrededor para que salga y los guíe en la batalla. Fue un intento de sustituir el gobierno de Jehová por una institución humana que fuera vista como más visible, más confiable y más capaz de garantizar la seguridad de la nación.

A pesar de esto, el Señor le ordenó a Samuel que concediera la petición de los líderes israelitas. Le dijo a Samuel que el problema central no era tanto que lo hubieran rechazado a él, es decir, a Samuel, sino que me habían rechazado a mí, Jehová. Y que ya no querían que Jehová fuera su rey. Versículo 7: Así que, si bien se le instruyó a Samuel que les diera lo que querían, al mismo tiempo se le dijo que les advirtiera sobre lo que implicaría tener un rey como el de las naciones; eso está en el versículo 9. Si lees los versículos 11 al 18, creo que se entienden mejor como una descripción de las prácticas rutinarias de un típico rey de una ciudad-estado cananea de esa época. Y al leer esos versículos, la palabra que destaca y caracteriza claramente a esos reyes es "tomar". Se usa cuatro veces en los versículos 11, 13, 14 y 16, y se implica varias veces más. Samuel les

dijo a los líderes que un rey como los de las naciones vecinas sería un rey que *tomaría* a sus hijos, versículo 11. Tomaría *a* sus hijas, versículo 13. Tomaría *lo* mejor de sus campos y viñas, versículo 14. Tomaría *la* décima parte de su grano, versículo 15. Tomaría *siervos* y siervas, versículo 16. Tomaría *lo* mejor de su ganado y asnos, versículo 16. Tomaría *la* décima parte de sus rebaños, versículo 17. Y el resultado sería; el pueblo de Israel sería reducido a la esclavitud, muy similar a lo que habían experimentado en Egipto.

Samuel les dio esa advertencia; pero la advertencia cayó en oídos sordos. Después de escucharlo, los líderes insistieron incluso con más fuerza que antes; compare el versículo 5 y el versículo 20. Querían un rey "que nos juzgara y nos dirigiera en la batalla". Así que querían un rey por las razones equivocadas; sin embargo, Dios le dijo a Samuel tres veces en este capítulo: "Haz lo que dicen", en los versículos 7, 9 y 22. Aquí hay una situación en la que el Señor consintió la malvada petición del pueblo, pero luego convirtió su malvada aspiración en algo que finalmente resultaría en el bien de la nación. Recordamos aquí, creo, las palabras de José a sus hermanos en Génesis 50, versículo 20: "Ustedes pensaron hacerme daño, pero Dios lo transformó en bien para lograr lo que ahora se está haciendo; la salvación de muchas vidas". Cuando Samuel finalmente estableció la realeza y Saúl fue presentado al pueblo, fue un tipo de realeza diferente al que el pueblo había pedido.

La realeza en Israel, según la definió Samuel, debía ser una realeza de pacto, es decir, una en la que los deberes y responsabilidades de un rey en Israel serían radicalmente diferentes a los de los reyes de las naciones vecinas. La realeza en Israel se diseñaría de tal manera que integrara la realeza humana en la administración del pacto. Así pues, este capítulo, 1 Samuel 8, marca el inicio de una nueva e importante iniciativa en el plan redentor de Dios. La realeza se incorporará ahora a los propósitos redentores de Dios para su pueblo. A medida que la historia de Israel se desarrollaba, fue el fracaso constante de sus reyes humanos lo que finalmente dio lugar a la esperanza de un futuro rey mesiánico, en la línea de David, que sería a la vez humano y divino. Este tema se desarrolla cada vez más en los libros proféticos; finalmente, será Jesús, la raíz y

descendencia de David (Apocalipsis 22:16), quien cumplirá plenamente este ideal del verdadero rey de pacto. Cuando toda la historia llegue a su consumación final, el apóstol Pablo nos dice que Jesús entregará el reino a Dios el Padre, después de haber destruido todo principado, autoridad y poder (1 Corintios 15:24).

Transcrito por Maoike Baker, Megan Sideropoulous , Jake Curran, Tyler Berube, Sam Craig, Ashley Hall  
y editado por Paul Fey  
Editado por Ted Hildebrandt